

Anexo

Una entrada bíblica desde la compasión



“¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?” “¿Qué está escrito en la ley?” “¿Qué lees en ella?” “¿Quién es mi prójimo?” El Evangelio de Lucas nos trae un relato en el que estos interrogantes dan vueltas en el diálogo entre Jesús y un letrado. Y empieza el Señor a narrar... **“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos, y se marcharon, dejándolo medio muerto” (Evangelio de Lucas cap. 10, 25-37).** Y esa parábola, esa construcción del relato le sale al Señor de las entrañas, del corazón, pues caminaba las calles muy atento a los mendigos, necesitados que veía tirados en las orillas de los caminos.

Y esta vez nos cuenta que este hombre, que no tiene nombre, sólo dice de él que era un **“hombre”**, bajaba de Jerusalén a Jericó ciertamente un camino peligroso, nada sencillo de hacer en ese tiempo. Y este hombre debía saberlo y aun así se decide a **“bajarlo”**, bajo su riesgo. Y ha encontrado lo que era de esperarse, que ese peligro abstracto se concretara en una acechanza real. Unos forajidos lo asaltaron y lo dejaron medio muerto. Podríamos decir que se la buscó o que lo debió haber previsto. Como tantas veces pensamos de las personas que conocemos que toman decisiones riesgosas y sufren las consecuencias negativas de ellas. Y allí ha quedado este hombre tirado, desvalido y necesitado.

Y así por ese mismo camino pasa un sacerdote y luego un levita. Personajes conocidos de esos tiempos, hombres religiosos y bien formados, ocupados de la piedad y el culto a Dios. Sin embargo **“haciendo un rodeo”**, diríamos **“esquivando el bulto”**, siguen su camino. Miran para otro lado, cierran su corazón y no



ven o **“no quieren ver”** al desdichado hombre tirado y necesitado de ayuda. Puede ser también para nosotros una gran tentación, si estamos cerca del mundo de lo sagrado, vivir lejos del mundo real donde los hermanos luchan, trabajan y sufren y quedarnos cómodos en nuestros espacios devocionales alejados de la realidad. Enfermos de una espiritualidad intimista encerrada en las paredes de los templos. Otras tantas veces muchos de nosotros pasamos de largo siguiendo nuestro camino, metidos en **“nuestros temas”** sin siquiera advertir si alguien necesita de nosotros.

En el relato construido por Jesús para quienes lo seguían, no serán los hombres del culto los que mejor nos pueden indicar cómo hemos de tratar a los que sufren, sino las personas que tienen un corazón misericordioso. No es el culto la clave, sino el amor. Pues por el camino se acerca un samaritano. Claramente no viene del templo. No pertenece al pueblo elegido de Israel. Tampoco es una persona valiosa a los ojos de los que oían en ese momento a Jesús. Es más bien un personaje no querido, de quien nada bueno podía esperarse. Los samaritanos estaban enemistados con los judíos, pues éstos acusaban a los primeros de no ser fieles al Dios de Israel y en cambio adorar a otros dioses.

Sin embargo, este samaritano, sí se detuvo, prestó atención al hombre tirado en el camino y lo asistió. Prestemos atención a algunos detalles del relato. **¿Qué ha movido a este samaritano a detener su marcha?** Sólo la misericordia y la compasión, pues este hombre desconocido y medio muerto no iba a poder retribuir ningún gesto que este samaritano tuviera con él. Es que la misericordia es la única reacción verdaderamente humana ante el sufrimiento del otro. La misericordia del samaritano humaniza, la indiferencia del levita y del sacerdote del relato deshumaniza. La compasión es la actitud radical de amor que ha de inspirar la actuación del ser humano ante el sufrimiento de los demás.

Este samaritano **“lo ve”**, es decir que no pasa distraído, va atento, presta atención y se da cuenta de aquello que los otros dos ignoraron. También se detiene y asiste al caído, cura sus heridas con aceite y vino. Es que **la compasión no es un sentimiento sino un principio de acción, un principio que nos mueve a actuar.** **¿Cómo?** Miremos al samaritano:

- Ve, se da cuenta que sufre.
- Se detiene, y pierde el tiempo con el que está tirado.
- Se desvía de lo propio y deja lo de él, el camino que había planeado.
- Da lo que el otro necesita, invierte tiempo, dinero y creatividad para aliviar al otro.

No son datos menores el aceite y el vino. El Samaritano comparte lo que tiene con el que lo necesita sus gestos son un bálsamo, son compasión concreta y suave representada en la historia por el aceite. Y esta actuación restaura y reconstruye la vida de la persona, la pone en camino y en marcha nuevamente, le devuelve la alegría de vivir, la capacidad de celebrar y disfrutar la vida, simbolizados por el vino sobre las heridas.

Y así el samaritano, se encarga del hombre, se hace cargo y lo carga sobre su montura. Lo lleva a la posada para que allí lo sigan ayudando. Es la posada lugar de acogida, de puertas abiertas y de recibimiento para los que llegan heridos como este hombre. Símbolo de nuestro corazón, de nuestras vidas, de nuestras comunidades y de la Iglesia misma que debe ser **“de puertas abiertas”** para acoger y recibir a quienes la vida los ha dejado tirados en los caminos. Así **“las posadas”** deben:

- Abrir las puertas y recibir
- Hacer lugar
- Cuidar
- Volver al camino



Este relato nos puede ayudar a dejarnos interpelar **¿Quién es el samaritano?** Sino el mismo Jesús que nos muestra su estilo, su modo de proceder, el núcleo de la misión que el Padre le ha encomendado. La compasión es el rostro del Padre y el principio que configura toda la vida, la misión y el destino de Jesús.

Crear en Jesús no es creer una doctrina o un conjunto de buenos preceptos, es seguir a una persona que con su actuación nos pregunta ¿a qué nos dedicamos? ¿a quién amamos? ¿qué hacemos en concreto por hombres y mujeres que sufren en el mundo, cerca y no tan cerca nuestro?

Por aquí pasa nuestro seguimiento y la conversión de nuestro corazón, hacernos disponibles a la misión de compasión que inauguró Jesús y que nos deja simbolizada en este relato. Hemos de acercarnos más a las personas que vamos encontrando en la vida para ofrecerles nuestra amistad fraterna y nuestra ayuda solidaria. Hemos de encarnar un amor **“práctico”** a los hermanos.

Por eso Jesús nos dirá: **“ve tú y haz lo mismo”**. Que equivale a decirnos, ve tú y haz con los demás lo que tú has experimentado. Quien se siente amado y salvado no puede si no amar y procurar alivio para sus hermanos.

Es este relato una invitación a recorrer las palabras de Jesús con el corazón, a sentirnos salvados por Él, buen samaritano, cuando hemos estado tirados por la vida a orillas de los caminos. A darnos cuenta de nuestros rodeos y cegueras para no ver las necesidades de otros. Y a experimentar a Jesús buen samaritano que nos salva, nos suaviza las heridas con aceite y nos devuelve la alegría con el vino nuevo de su amor. Para finalmente ser nosotros Iglesia posada, que acoge, que recibe, que cuida y que vuelve al camino a los que Jesús va poniendo en nuestras vidas.

